

Esta mañana una mariposa amarilla ceñía el aire cernido de la Isleta. La Isleta es un mundo aparte, fuera de la Isla y, sin embargo, unido a ella por una evidente razón filial. En contra de lo que ocurre con los mamíferos, estas especies de ballenas geológicas que son las islas, tienen un cordón de vida al cual la edad presta más consistencia. Así ocurre con el istmo de Guanarteme. Una vez pasada la suavidad de Las Canteras, su concha de matiz femenino, se adentra en el mar la rocosa punta del Confital y, al norte de ella, el gran bajón costero de las salinas. A continuación sólo rocas rojas o negras batidas furiosamente por el mar que rematan con el Morro de la Vieja con el roncador bajo del Becerro. El agua se agita en su torno cuando regresamos de tarde, buscando puerto, y más allá, sobre el bajo de la Vaca y las otras bajas situadas a una media milla de la costa bravía. En la costa oriental de la Isleta, bajo el Morro del Nido, está situada la baja del Paló o Roque y la playa del Cebadal, con el bajo de la Silleta y, a corta distancia, las bajas de las Tintorerías. Todas son producidas por el avance plutónico de las antiguas lavas sobre el mar hirviente, al contacto del fuego infernal de los volcanes.

En el interior, el terreno es quebrado, con una gran llanada central y tres lomas de escorias principales, la más baja la del Este, con oquedades de lavas fluidas, con huecos gaseosos al descubierto. Esta parte tiene arcillas, arenas gri-

LA ISLA

La Isleta

ses, rojas, pardas, entre incrustados de lavas; pero la parte oeste es totalmente volcánica, sólo de basalto más antiguo, en lo bajo, y en lo alto conos de emisión modernos, perfectamente reconocibles, muelas carcomidas de cráteres apagados y extensos escoriales, rocas volcánicas cubiertas de musgos y líquenes, grises, rojos y naranjas, corrientes de malpaís y piconeras. la emoción de ir por su camino con las bruscas escarpadas y la mar batiendo en su fondo, la vista de un suelo infernal, el paisaje de la isla como en un diorama puesto enfrente, la visión multicolor y espejeante del puerto y la ciudad son cosas que se pegan al alma, como esta vegetación extraña y encantada que crece sobre el volcanismo de nuestro microcosmos insular.

Entre todas destaca la escar-

chosa, *mesembryanthemum cristallinum*, ficoides africana o yerba llorona, por lo extraño de su aspecto. Todo su cuerpo, especialmente el costado de sus hojas y tallos más unidos a tierra, están perfectamente cubiertos de unas brillantes y graciosas pirámides cristalinas, berruguitas de agua transparente, que se deshacen en la mano. Sus tallos redondos y sus hojas rastreas y onduladas son totalmente carnosas, con un contacto casi animal, verde oscuras, con vetas purpúreas, empedradas de gotitas gomosas de un pardo relumbrante, como si fuesen metálicas. De nuevos tuberculillos cristalinos, nacen nuevas hojas y las flores brotan de los encuentros de hojas y tallos escarchados, con cáliz de tres o cuatro escamitas rojas y muchos pétalos blancos delgaditos. Destaca por su belleza sobre otras plantas barrilleras que cubren grandes extensiones de terrenos secos no sólo en la Isleta, sino en todo el noroeste de Gran Canaria. El aspecto rojizo de sus manchones me hace pensar siempre en esa vegetación que se atribuye a Marte como explicación del tono con que sólo en la Isleta, sino en todo el noroeste de Gran Canaria. El aspecto rojizo de sus manchones me hace pensar siempre en esa vegetación de candelabros y velas, de cinco ángulos carnosos, erizados de púas hirientes, conteniendo la lechosa pulpa abundante y corrosiva, aquella que se usaba hace siglos para curar ganado y embarbascar charcas donde los peces



terminaban por flotar envenenados. A la escarchosa, la barrilla y los cardones acompañan multitud de hierbecillas de flores blancas, violetas diminutas o lechetreznas invisibles casi, orejadas de pequeñísimas hojas y los negros escarabajos; cernícalos y milanos a la caza de lagartos parientes de aquellos que quedaron incrustados entre las lavas de otras edades; y también gilbarveras lampiñas delgadas y flexibles y vinagreras aplastadas en matorrales.

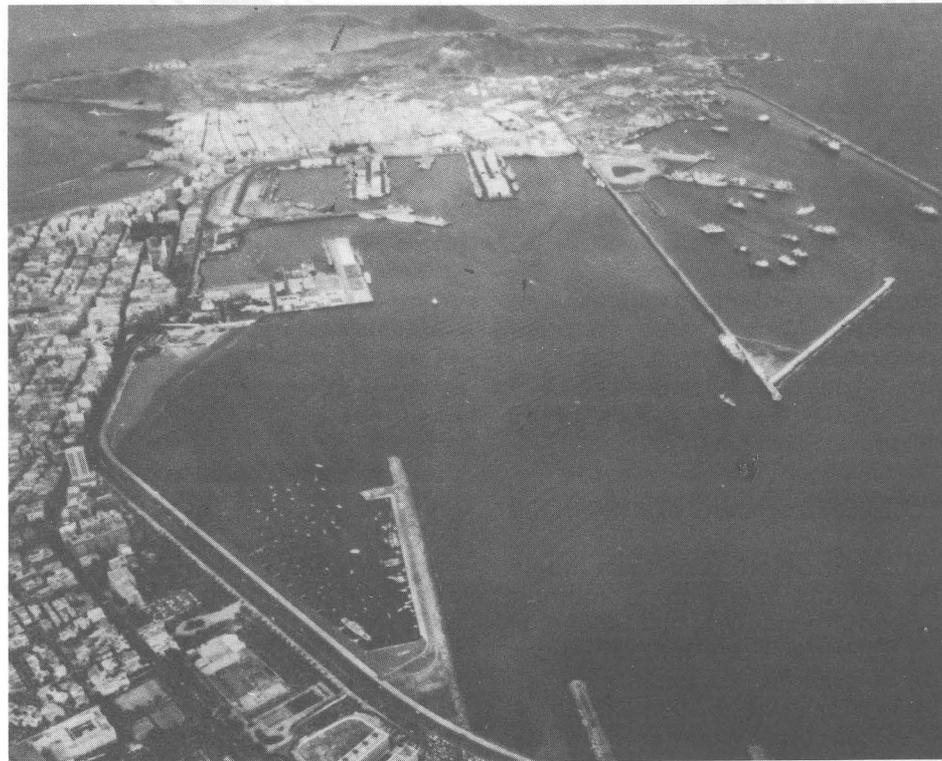
Todo este mundo flota bajo la bruma, a la deriva, o brilla bajo el sol como el escudo de Hércules cuando padre Helios se digna concederle una mirada, al borde mismo de la Isla, su augusta Madre.

Marcha nocturna hacia el puerto

Las luces del puerto y la ciudad se van quedando abajo, en un tras-mundo con olor a pescado podrido, mientras los caballos amortiguan el cloc cloc sobre el asfalto al entrar en enarenados paseos. Entonces las cosas en la sombra adquieren volúmenes extraordinarios. Hay barrancos siniestros, muros blancos que semejan fantasmas y un resplandor tras el cementerio. La noche es calurosa y a pesar de ello llueve levemente y se enneblinan las pocas luces que ahora quedan en el círculo del horizonte. Faros que recorren curvas y unas nubes que reflejan un amarillo de electricidad hacia el sur. Las plataneras parecen, en la penumbra, gigantes con los brazos levantados que llevasen túnicas verdes. Están formando ejércitos con perros vigilantes, con olor de estiércoles y hojas maceradas y el gañán, que parece una estatua de sal en la encrucijada, aún vaga, vigilante, ante el temor de los cortes hechos por las brujas ladronas. Esto es abajo. Las fincas de plataneras son manchas negras, enormes, lujuriantes, no padecen ese clareo de otras plantaciones. Son algo definido, enmarcadas, aún en la noche, por la claridad calcárea de los caminos. Más arriba se recortan en el cielo tiendas de indios sioux. Son las cañas colocadas en cónicos montones que atraviesan estrellas a esa hora. La caravana de caballos, mulos y soldados va serpenteando las cuestas. Sólo se le ocurre llenarse de voces a trechos, y respira cuando le da de nuevo en un recodo el aire del mar, sobre las lomas que un día también estuvieron bañándose en él. Estas lomas tienen a veces caminos derechos entre fincas cuadrangulares, a un costado el cultivo de las cañas, al otro una empa-

lizada tras la cual se ven viñas o algo que lo parece en la oscuridad.

Pero esto sólo ha sido un momento. De nuevo nos hundimos. Pasamos ante un estanque cuando la claridad de la luna ha roto por un momento la cerrazón del cielo. Estanque, acebuche, casa de labor, lómón terroso, forman por un momento el primer plano que se recorta sobre una línea de luces brillantes. Es el muelle que atraviesa con su agujereado de puntos la no-



che del puerto visto entre dos lomas.

Más allá están las torres de la radio que se destacan como rayas aún más negras sobre el cielo negro. La distancia a que están no se adivina, porque en la noche se pierde un poco el valor de los planos diurnos. Habría que inventar unas matemáticas de la noche distintas de las que rigen de día. A pesar de la oscuridad veo por los alrededores, entre desniveles y niveles, extensiones cubiertas de plantas bajas. Las flores son amarillas. No sospechaba que por aquí, en los alrededores de Las Palmas, se estuviese haciendo algo más que un ensayo de cultivo del algodón. Continúa lloviendo mansamente. En el cielo hay unas luces que hacen extraños guiños. Es que el agua ha mojado los cables de alta tensión que rodean, como con una red, la ciudad y este campo cimentado de los alrededores. Son los fuegos fatuos de hoy, estas chispas que parecen extraños animales que se han subido a hacernos burla sobre los postes de cemento.

Otra vez sobre el asfalto mojado de la carretera... cloc, cloc, cloc... Las casas cercanas se han recortado de pronto sobre el paisaje de las luces que ya parecen un tanto dormidas y trasnochadas. Alguna vez hemos bajado por un abismo siniestro hasta llegar al fondo de un barranco con ambas márgenes cubiertas de tuneras. A su terminación, cuando nos acercábamos al recinto rumoroso del mar —el que hace del mundo en que vivimos una

perla negra y húmeda—, un olor nauseabundo viene subiendo rítmicamente por entre las tapias y las plataneras. Es la factoría con sus luces intensas y su inmenso osario de pescado puesto a secar: Allí yacen noche y día, bajo las luces eléctricas, espectros al sol y a la luna, las enormes ringleras crema de los peces abiertos y sin cabeza, una especie de archivo de vitaminas para la tierra.

Y aquí solían terminar las marchas para adentrarnos entre las calles con humedad humana. Aquel campo recorrido de noche parecía algo artificial y monstruoso, pero lo que tiene el cien por cien de cosa humana recoge en la noche toda la fealdad de las hileras de casas pobres y almacenes de un barrio industrial, sin el brillo del sol, de las arenas amarillas y el mar azul que el día le presta a este solenoide destartado del puerto, entre luces pálidas.

ANTONIO DE LA NUEZ